

CICLOS

R i t a R u t k o w s k i



R i t a R u t k o w s k i

Sala de exposiciones Mateo Inurria

Del 27 de noviembre de 2023 al 22 de diciembre de 2023.

Edición

Escuela de Arte y Superior de Diseño Mateo Inurria,
de Córdoba.

Coordinación y montaje

Vicedirección de Extensión Cultural y Artística

Marta Berral Matas

Departamento de Historia del Arte

Miguel Clementson Lope

Rocío Penco Valenzuela

Miguel Moreno Humanes

Ezequiel Díaz Fernández

Diseño y maquetación

Jesús Fernández Pérez

Edición fotográfica y fotografía

M^a Concepción Martín Álvarez

Diseño de portada

María Ortiz Iglesias

Textos

Miguel Clementson

Juana Castro

Rosa Luque

Carlos Castilla del Pino

Juan Serrano

Javier Martín

Ángel L. Pérez Villén

José M. Palencia

Rita Rutkowski

CICLOS



Junta de Andalucía
Consejería de Desarrollo Educativo
y Formación Profesional



MATEO
INURRIA
ESCUELA
DE ARTE
DE CÓRDOBA



Nace en Londres, en 1932. Emigra con su familia a Estados Unidos al año siguiente, que establecen su residencia en Nueva York, siendo en esta ciudad donde cursará la mayor parte de sus estudios, especialmente en el Cooper Union, de concepto «bauhaus».

Completa sus estudios en Italia con una Beca *Fulbright*, siendo igualmente becada en el Museo de Arte Moderno (MOMA / New York) y en el Brooklyn Museum of Art.

Ha participado en gran número de exposiciones colectivas celebradas en U.S.A, entre las que destacan: M.O.M.A., Whitney Museum of Art (New York); Bienal del Corchoran Gallery, Smithsonian Institute (Washington D.C.); Institute Contemporary Art (Boston), etc. También ha expuesto en Italia, Austria, Inglaterra y España.

Ha celebrado 24 exposiciones individuales en New York, Madrid, Sevilla, Vigo y Córdoba, y una amplia exposición antológica que tuvo desarrollo en la Diputación de Córdoba, en 1998. Estuvo representada en la importante muestra colectiva «Córdoba Luciente, en sus Fundaciones y Museos», que tuvo desarrollo en el Museo de Bellas Artes de Bilbao en 2015.

Tiene obras depositadas en diversas galerías y museos. Ha sido publicada su obra gráfica por parte de distintas editoriales, tal como «Galicia a través del espejo», presentada en el Centro Gallego de Arte Contemporáneo (C.G.A.C. / Santiago de Compostela), en 2000. Sus obras han sido ampliamente divulgadas en prensa, radio y T.V.

Ha participado en numerosos certámenes y ferias de arte, tales como ARCO (Madrid), en 1998 y 1999; Arte y Hotel (Sevilla), en 2000; o ArtEXPO (Barcelona), en 2002.

Reside en Córdoba desde 1959, en que decidió establecerse en esta ciudad.

RITA, EN CONTINUA RUTA

Miguel Clementson Lope

Director EASD *Mateo Inurria*, de Córdoba

Constituye ésta la tercera ocasión en que la artista neoyorquina Rita Rutkowski expone a título individual sus trabajos en la Sala *Mateo Inurria*,¹ un espacio plástico que ha sido desde siempre especialmente grato a esta creadora, pues en él ha podido dar despliegue en absoluta libertad a sus particulares posicionamientos programáticos, al tiempo que ha podido difundir entre los jóvenes artistas —aún en gestación— los fundamentos ideológicos y estéticos que en cada caso han dado nuclear sentido a todas y cada una de sus siempre admirables y vivificantes composiciones.

Nacida en Londres, de padres polacos que en 1933 —contando Rita con apenas un año de edad— emigraron a Nueva York, metrópoli donde dará desarrollo a su formación artística, que se secuenciaría con reconocido aprovechamiento por su parte en el Liceo *Washington Irving* y en la *Cooper Union*, institución que aplicaba los métodos y conceptos desarrollados por la Bauhaus, bebiendo de las fuentes de la generación *beat* norteamericana y de los artistas más significativos del expresionismo abstracto que,

¹ Su primera exposición tuvo desarrollo en noviembre de 1987, bajo el título de “Rita Rutkowski. Pinturas”, en la etapa inicial de colaboración entre la Escuela de Arte y la Universidad de Córdoba, desplegándose la segunda muestra en noviembre de 1996, en este caso titulada “Miradas y visiones”.

junto a Francis Bacon, ejercieron una clara influencia en su pintura. Trasladada más adelante a Córdoba, donde se asentó con apenas veintisiete años y ha transcurrido la mayor parte de su biografía, sus recursos y referencias creacionales han permanecido no obstante poderosamente estigmatizados por la presencia vivífica de la ciudad de los rascacielos, donde había gestado los precisos apoyos teóricos y dado desarrollo a las necesarias experiencias formativas durante su infancia y juventud, de suerte que quedaron ya allí definidos los cimientos de su concepto estético, a cuya fuente exuberante acude periódicamente para armonizar tanto la esencialidad cromática de sus composiciones como el conciso y minucioso andamiaje estructural de la mayoría de sus trabajos.

La obra de Rita Rutkowski se fundamenta siempre en premisas constitutivas esenciales: con un leve y referencial asiento figurativo dialoga con el espectador a través de la forma en su pureza más extrema; seguidamente, sumerge estas estructuras en una atmósfera genuina, tan personal y exquisita que sólo cabe rendir cabal asombro y justa pleitesía ante el poder enigmático y persuasivo de sus delicadas tonalidades.

Lo que realmente preocupa a Rita es plasmar lo que ha de constituir la auténtica esencia de la obra final, lo que hay de intangible en cada una de estas improntas aprehendidas: la recreación de la atmósfera, la plena representación del aire o de un soplo de viento, la cadencia de los sonidos, el olor que satura ese espacio... toda una síntesis de valoraciones sensitivas que impactan y penetran en el espectador a través de su retina, y lo documentan acerca de las capacidades valorativas, cognoscitivas y espirituales de la artista.

La práctica de la pintura ha supuesto para Rita una auténtica panorámica existencial rigurosamente biográfica, que nos documenta puntualmente acerca de una progresión estética gestada como síntesis objetivadas de vivencias creativas, manifiestas desde un impulso generador de carácter evolutivo. En otros casos, el afán de búsqueda es quien dirige el pulso compositivo de las obras. El proceso en sí se constituye en guía y en fin, y es la propia pintura la que marca la pauta a seguir, de manera que, a veces, una línea o una simple mancha es la que sugiere el camino por el que adentrarse en la búsqueda de nuevos campos de expresión. La artista se introduce en una senda por la que nunca ha deambulado y encuentra un mundo fascinante, ajeno a sí mismo, extraño en este caso a sus propios acontecimientos vitales.

Opina que lo importante en el arte son las ideas y mientras haya ideas en su cabeza éstas irán tomando forma sobre el soporte pictórico, de tal manera que una obra conduce a otra obra, y ésta a otra, como una concatenación de pensamientos —a *train of*

thoughts—. Es la obra quien decide cuándo ha de ponerse fin a una línea argumental, siendo ésta la que empuja hacia adelante a la artista. Al margen de este vórtice succionador que determina un puntual programa sobre su dinámica de trabajo, paseando por la calle o incluso durmiendo eclosionan *flashes* de ideas de manera constante.

En pintura, más si cabe que en la propia vida, lo que realmente apasiona son los medios; el fin, en rigor, casi no debería importar al artista, porque es el momento en que el cuadro se escapa de su dominio, pasando entonces a constituirse en objeto susceptible de ser visualizado y valorado por los demás, por la sociedad expectante.

Concede una enorme importancia a la función comunicativa de la obra de arte. A su juicio, como la dinámica artística se vertebra mediante pensamientos, en realidad, ante toda composición plástica se abre un diálogo entre el artista ejecutante y el espectador, secuencia de interiorización de conceptos que afecta igualmente a la literatura, a la música... se trata de otra vivencia más encajada en nuestras propias coexistencias. Se imbrica así la vida con el arte, de tal manera que hay momentos en los que *un solo verso* da razón de todo cuanto acontece. La cultura es para ella una poderosa herramienta, de la que valernos para conformar nuestro intelecto, de la que ayudarnos para entender lo que nos rodea.

A todas sus composiciones Rita sabe transferir una característica prestancia (ese logro tan difícil y tan raro para la mayoría de los autores), pues ha sabido evolucionar en su progresión creativa hasta ese plano de distinción que supone conferir una impronta personal a sus trabajos. Desde un principio tuvo bien claro que debía ser respetuosa con su propia trayectoria y personalidad, pero igualmente que era fundamental que ese proceso de constante búsqueda se convirtiese en norte de sus planteamientos pictóricos.

Dotada de un profundo sentido ético y crítico, Rutkowski es una mujer embelesada por la cultura en el más amplio sentido de la palabra. En Córdoba ha sido y sigue siendo una verdadera activista cultural, aunque, curiosamente, cuando habla de "mi ciudad" siempre se refiere a Nueva York; tal vez porque le traiciona el subconsciente, o quizás porque realmente su *otra ciudad*, la andaluza, después de transcurridos más de sesenta años, aún no haya acabado de acogerla.

RITA RUTKOWSKI

Juana Castro

Forma ya parte del paisaje y de nuestras vivencias. Córdoba no estaría completa sin ella, que vino desde Nueva York pasando por Italia, con sangre polaca y ojos que se abrieron en las luces de Londres.

No podemos renunciar a Rita. Desde que llegó, en los años 50, su mirada nos acompaña y nos ha enriquecido. Córdoba es menos provinciana gracias a ella. Como si nos hubiera hecho recorrer más deprisa el espacio, además de los tiempos, para decirnos en sus telas y en sus tablas que el mundo es múltiple y la visión diversa. Que todo está todavía por decir.

No fue fácil esta Córdoba nuestra que eligió para quedarse. Llegó ya con figura y vocación de artista, y ahora lo sabemos, después de su trayectoria, que es una clásica contemporánea. "¿Te vas a pasar toda la vida leyendo cuentos de hadas?", le dijo su padre cuando tenía doce años. Y entonces se plantó en la biblioteca, y de un trago se leyó a Dostoyevski. Luego, todo Kafka.

A Rita la conocimos en los años 70, y el tiempo nos la ha hecho cercana y entrañable. Adelantada a la experimentación, participante en la actividad social más vanguardista

y testigo de todas las apuestas. Expuesta, de palabra y de obra. A pesar de los momentos de asfixia, ella se ha mantenido incólume, torre vigía, rascacielos de una ciudad anclada que cierra los ojos para seguir dulcemente columpiada en un puro presente que es sólo pasado. Rita apuesta por la verdad. Una verdad que es inútil negarla, porque existe: con la verdad no caben camuflajes. Mejor encararse a ella, porque tarde o temprano acabará emergiendo. Existe la dureza. Existen la verticalidad y los coches, y hay que plantarles cuerpo. Cara, color y cuerpo. Ver, ver desde dentro no excluye la magia como no excluye la pasión. La pasión vive en el acero, en el crash, como los seres humanos no son únicamente retratos, son también un reflejo y su anverso. Anverso y reverso. Las sombras, las veladuras y las luces. El cristal de las torres y su contraste vivo de interior/exterior. El atleta acribillado contra un muro de luz. El lirismo de la violencia, este hoy, este mundo al que amamos nos muestra su latido. Lo urbano, lo urbano. También en lo urbano se recogen los frutos de la lírica. Dibujos difuminados, colores estallantes, entre el azul y el blanco, ráfagas de vuelo a todo movimiento. Las moles de cemento. Los ladrillos. Los malvas, los rosados, el violeta, el naranja. Y el tiempo. En el principio eran los sepias y los grises, y el dibujo. Hasta que los contornos se revuelven, se disuelven, y pasan y se asoman como se asoma el negro, atisbando la vida y atisbando el ser y la substancia.

Se vive de pie, pero se vive, sobre todo, con los ojos abiertos a la luz del día, como se pinta. Una torre vigía, una mujer vigía. Sin miedo. ¿Preguntas? La interrogación es la existencia, como todas las cosas. Se pinta la violencia. Pero todo se ama. Desde el cometa al brillo, desde el mar a la altura, desde ventanas hasta tubos vomitando la vida. O vomitando azufre. Pero es lo que hay. Vigía, testigo de su tiempo, valiente con el fango. Por ahí discurrimos. Pasar y pintar, sin presentarle un asco. El cine, la justicia social, el vuelo de la arquitectura, la física cuántica.

Rita Rutkowski, artista para el mundo desde Córdoba. En primera línea, fuerte y moldeable como el tubo de acero y su paleta. La pasión de mirar. Y en nosotros su retina y su búsqueda.

RITA RUTKOWSKI, ÉTICA Y ESTÉTICA ¹

Rosa Luque

Vive en las alturas de un bloque en el Sector Sur, desoyendo el consejo de quienes le recomiendan mudarse a un barrio mejor sin reparar en dos cosas: una es que la terraza de su piso —una especie de jardín colgante en un edificio de la Plaza de Andalucía diseñado por Rafael de la Hoz Arderius— le ofrece unas vistas espléndidas del río y la Mezquita. La otra es que Rita Rutkowski, sensible, coherente y firme en sus principios por más disgustos que le cueste nadar a contracorriente, jamás sacrificaría decir o hacer lo que cree conveniente por guardar las apariencias.

Y es que alguien capaz de renunciar al Nueva York atrevido y vanguardista —la “ciudad dorada” que intuye en sus cuadros— justo cuando empezaba a abrirse paso en el complejo mundo del arte, para asentarse en una capital de provincia en la oscura España de los cincuenta, alguien así está vacunado contra orgullos y prejuicios. Lo suyo es vivir y dejar vivir. Y de telón de fondo, la Córdoba que hace medio siglo la enamoró. Aunque ese amor, lamenta ella, nunca ha sido correspondido.

¹ Entrevista publicada en diario “Córdoba”, dentro de la serie “La memoria viva de Córdoba”, 25 -noviembre- 2012

– **Tituló ‘Looking back’ (Mirando atrás) una exposición antológica que le dedicó la Diputación, hace ya algunos años. ¿Le gusta hacer recuento de lo vivido?**

– Yo sólo miro atrás en momentos puntuales. Por ejemplo ahora, al pedirme que buscara fotos antiguas para la entrevista, lo he hecho después de mucho tiempo y la verdad es que me ha impactado, porque detrás de cada imagen hay una historia que solo yo conozco. En aquella exposición tenía cierto miedo porque una antológica refleja tu evolución durante equis años, se supone que madurando, pero puede que al verla yo misma o los demás se descubra que no ha sido una evolución ascendente. Era una prueba de fuego de la verdad y una lección.

– **¿Qué sacó en claro de esa lección?**

– Yo intento aprender de mí misma y de lo que me rodea. La pintura para mí es un lenguaje con el que entender el mundo y un diálogo con el ser humano. Pero es curioso que una cosa es la pintura cuando la ves en tu estudio (el suyo, muy cercano a su casa, es un lugar caótico donde sin embargo todo tiene su sitio) y otra cuando sale de él. A veces gana y a veces pierde. Exponer es una experiencia necesaria.

– **¿Ha cambiado usted mucho desde que llegó a Córdoba?**

– Sí y no. Me he vuelto más tolerante, estoy más serena, aunque a veces salto ante lo que no me gusta o no entiendo. Pero veo un sello desde el principio que sigue ahí. Se lleva en el ADN; yo hablo ahora mucho por teléfono con mi hermana, que vive en Los Ángeles, y noto que a pesar de estar tantos años separadas tenemos gustos muy parecidos, los desayunos abundantes, los libros, el cine...

– **No parece usted persona que se recree en el pasado ni en lo ya hecho. Más bien lo contrario: a mí me da la sensación de que ha ido y va por delante de todo y de todos, hasta de sí misma.**

– No tengo tiempo para nostalgias, lo que me importa es el momento que vivo. Me interesa mucho el pensamiento oriental, que dice que toda tu energía has de ponerla en ese instante. Pero últimamente me pasa una cosa curiosa, sueño mucho con mi infancia. Es frecuente en la gente de mi edad (Rita nació en 1932), que ve en la infancia sus recuerdos más queridos. Yo tuve una buena infancia.

Rita Rutkowski tuvo una cálida infancia y una juventud en la que todo le parecía posible, allá en la ciudad que nunca duerme. Quizá por eso ahora, después de tantos años y tanta distancia, ha iniciado un camino circular, como de vuelta inconsciente a los orígenes. Entre los efectos secundarios de ese tirón del pasado —sin renunciar ni a un

minuto del presente— está su pronunciación, con acento cada vez más americano, de un español que por lo demás domina. Y que usa con sobrada elocuencia.

– **Hablábamos antes de su evolución personal. Pero ¿y Córdoba? ¿Qué cambios ha apreciado en la ciudad en este más de medio siglo que la habita?**

– Han cambiado unas cosas y otras permanecen. En 1959 los hombres iban con una capa y con sombrero de ala ancha, y por la calle apenas si se veían mujeres. A las mujeres las sacaban en ciertos momentos a lo largo del año, por ejemplo en Feria. Físicamente, la ciudad ha crecido, aunque ha perdido cosas. Era una vida muy abierta, muy sencilla. En mis primeros años de estancia mi marido y yo solíamos dar largos paseos de noche y parecía que la ciudad era nuestra; hoy, a ciertas horas, yo no quiero estar en la calle. A mí me han robado cuatro veces.

– **¿Y qué es lo que queda de aquella Córdoba?**

– Ha evolucionado la mentalidad, pero no en todo. Cincuenta años históricamente son un parpadeo de ojo.

– **¿Se atrevería a señalar los pecados capitales de esta ciudad?**

– Córdoba es muy de pequeños clanes. Los cordobeses se sienten felices ligados a su clan familiar, de trabajo o de amigos y no les interesa más, son poco adaptables. Las autoridades deberían haber culturizado más a la población. Córdoba es una ciudad muy provinciana, y está encantada de serlo. Cree que no necesita cambios porque está muy bien tal como está. Es desdeñosa, y lo diferente y lo de fuera no entra en su campo de interés. En lo que sí veo cambios es en lo externo, la forma de vestir, en cosas superficiales, pero no en el pensamiento ni en la forma de aceptar al que viene de fuera. Por ejemplo, yo todavía soy un bicho raro aquí.

– **¿Se ha sentido extranjera en Córdoba?**

– Totalmente, tardé muchísimos años en el empeño mío de ser una más de mi barrio, de mi entorno. Saludaba y no tenía respuesta, y me encontraba gente que prefería no compartir conmigo el ascensor de mi edificio y esperar al siguiente.

– **Pero después de tantos años en el mismo bloque habrán dejado de hacerle el vacío, ¿no?**

– En unos momentos sí y en otros no. Ahora me muevo un poco más y converso con algunas personas. Pero en los primeros veinte o treinta años me sentía casi como huérfana, muy sola. Recuerdo que después de haber dado a luz a uno de mis cuatro hijos,

me parece que a la tercera, volvía con la niña en brazos del hospital y me crucé con unos vecinos que me dieron la espalda, una frialdad total. Y luego mucha dificultad a la hora de la compra, me engañaban constantemente. Aquí parece natural que pidas al carnicero un cuarto de carne picada y de la máquina salgan 200 gramos, parte del cliente anterior; yo reclamaba por esas cosas y he vivido muy malos momentos. Y en este edificio he hecho enemistades porque había quienes ocupaban los rellanos y hasta las escaleras como si fueran cuartos de estar o zonas de juego. Yo protestaba y... mejor no protestar, tragarse todo.

Para animarla —se nota que aún le duele ese injusto trato— le hago ver que no todo ha sido malo. Es una artista muy respetada por la calidad de su obra, semiabstracciones en las que concepto y belleza armonizan en un mundo propio bañado de poesía. Vive en una ciudad que le encanta “a pesar de que a veces le falte sentido cívico”, y además ha hecho buenas amistades. “Sí, por suerte tengo buenos amigos. Para mí son mi familia aquí, me siento muy querida. Quizá esté hablando demasiado en negativo, no todo es blanco o negro”, reconoce sonriente mientras deposita una bandeja con té y pastelitos sobre la mesa baja del salón, de toques étnicos como otras piezas que alternan con cuadros de sus amigos artistas.

– **Siempre se ha movido en círculos intelectuales.**

– Bueno, no sé si pueden llamarse círculos intelectuales —replica un poco incómoda—. Han sido personas con las que he compartido intereses comunes. Recuerdo que cuando los niños eran pequeños me sentaba con ellos en el bar Playa, en los Jardines de los Patos, como otras muchas madres y tatas, y mi suegra me decía: “No digas que has tenido que trabajar”, con lo orgullosa que estaba yo de haber trabajado en el mundo neoyorkino de la publicidad antes de venir a Córdoba. Estaba mal visto que la mujer trabajara porque quería decir que eras de una clase necesitada. Ahora es al revés, pero entonces era una Córdoba clasista, casi medieval. Siguen restos.

– **Pero no era esa precisamente la mentalidad de la gente que usted frecuentaba, mucho más abierta, incluso “izquierdosa”. Hábleme, por ejemplo, de su amistad con Carlos Castilla del Pino y su mujer.**

– Fueron unas de las primeras personas a las que conocí, habían llegado en 1950. Carlos al principio era muy sencillo, ingenuo casi. Fue mi amigo y mi profesor, aprendí mucho de él. También conocí pronto a los del Equipo 57 y a todos los de Cántico, tan cariñosos conmigo... Me sirvieron de estímulo. Por otro lado íbamos mucho al Círculo Juan XXIII, donde había gente con la que compartía puntos de vistas sociales y políticos. Yo, como

decía Picasso, no busco, encuentro. Me he relacionado con personas interesadas en su evolución personal y profesional.

“Una de las cosas más difíciles para mí ha sido cumplir el rol de mujer —continúa, ya lanzada en el terreno de las confesiones—. En Nueva York era una persona, pero aquí se esperaba de mí que atendiera mi casa, que no saliera sola a la calle, que si mi marido y yo salíamos con amigos, los hombres se sentaran con los hombres y las mujeres con las mujeres. Hiciera lo que hiciera caía en falta. En la iglesia, en una boda o algo así, me puse mi manga larga y pensé “ahora no me pillan”. Pero me pillaron, porque crucé las piernas y me lo criticaron”.

– **Imagino que no dominar el idioma le acentuaría la incomunicación.**

– Ese era un problema conmigo misma, no actué bien. Aprendí el español por oído, y debería haber tomado clases.

– **Pero si habla usted español mejor que muchos españoles...**

– Cometo errores de pronunciación y gramaticales. Pedía a David, mi marido, que me corrigiera y decía: “No, no, está gracioso así”. Él sí aprendió inglés por mí. Al principio causaba muchísima risa, porque metía mucho la pata. A veces me corregían en plan insulto, y aún hoy me reprochan mis fallos. No me importa la crítica, pero siempre que sea constructiva.

Y sin embargo, a pesar de todos los pesares, lo suyo con Córdoba fue amor a primera vista. Ni el sentimiento de desamparo en una tierra extraña que para Rita Rutkowski resultó hostil —algo que las personas más cercanas no supieron o no pudieron evitar—, ni los choques culturales entre la ciudad con tan alta línea del cielo y una Córdoba entonces de casitas bajas y estrechos horizontes consiguieron enturbiar su primera impresión. “Encontré Córdoba bella como una joya, y así hasta hoy”.

– **¿No se ha diluido su pasión por ella con el tiempo?**

– Sigue siendo una ciudad extremadamente bella. Es el marco perfecto para la cultura. Lástima que las instituciones no estén a su altura. Es como este edificio, diseñado con todo el talento de Rafael de la Hoz, pero al que los vecinos están destrozando. Lo pintaron de un horrible color amarillo. Era un edificio muy elegante que se está degradando. Me da tanta pena como si fuera una persona.

– **Me figuro que lo que más le atraería para escogerlo como domicilio es que, con lo enamorada de la naturaleza que es usted, aquí se le mete un paisaje de postal por las ventanas.**

– Sí, es estupendo. Pero también me encanta la Sierra. Mi marido y yo, desde que tuvimos el primer coche, íbamos a la Sierra muy a menudo. Mi marido, aunque había estudiado Veterinaria, era profesor de Ciencias en un instituto, y me enseñó a ver la naturaleza de otra manera.

– **¿Cuál era el latido cultural de la ciudad que usted encontró?**

– El mundo del arte estuvo muy activo en los años sesenta y setenta. Había varias galerías. Los viernes eran una fiesta, de inauguración en inauguración de exposiciones. La Caja Provincial tenía buena oferta, y también el Círculo de la Amistad tuvo dos salas de arte gracias a dos de sus presidentes, Fernando Carbonell y Antonio Montoto, muy abiertos a lo que se hacía fuera. Tenían un acuerdo con la galería Juana Mordó de Madrid y traían todo lo que allí se exponía. El Círculo tenía también actividades de teatro a través de Joaquín Martínez Bjorkman, y su cine club era muy importante, después de la película teníamos coloquios interesantísimos. Lo que nos entretenía era el intercambio de ideas, lo mismo que la generación posterior se divertía en las discotecas.

Aunque se considera neoyorkina por los cuatro costados —no hay más que ver los rascacielos que a modo de “torres vigías” se asoman a sus cuadros y sus ensoñaciones— Rita Rutkowski nació en Londres, en el seno de una familia de emigrantes polacos. “Mi padre llegó a Inglaterra con 11 años, mi madre años después, con 22 —recuerda—. Mi padre se consideraba muy inglés, tenía un acento precioso, y guardamos muchas costumbres inglesas. Se conocieron, se casaron y al año de nacer yo emigraron a Nueva York”.

– **¿Tuvo usted también allí problemas como emigrante?**

– Todos somos emigrantes en América, menos los indios. Mis vecinos de enfrente eran húngaros, y los de arriba italianos. En la casa florecía el origen, pero en la calle todos éramos norteamericanos.

– **A Nueva York ha vuelto con frecuencia. ¿A Londres no?**

– Volví solo una vez, cuando estudiaba en Italia, para conocer a mi familia. En cambio Italia la conocí casi por completo, es maravillosa. De eso estoy muy orgullosa, y de haber estudiado en el Cooper Union, la única escuela que existe con el concepto Bauhaus, alemán de origen. Pero me faltaron unos créditos para tener el título universitario, que conseguí aquí, con 50 años, mandando un dossier con los catálogos de mis exposiciones y todo lo hecho hasta entonces. Lo envié por correo y a las pocas horas

ingresé en el hospital para una histerectomía. O sea, a mí el trabajo no me asusta. He criado a mis hijos sin renunciar a la pintura. Lo he querido todo, familia y desarrollo profesional.

– **Para sus hijos sería algo exótico tener una madre pintora.**

– No les gustaba, hubieran preferido una madre normal, que no les hiciera comer tarde porque había estado encerrada en el estudio o dando clases de inglés.

– **¿Qué ha sido para usted la pintura, profesión o devoción?**

– Como decía Louise Bourgeois, el arte me mantiene cuerda. El arte debería ser para siempre. Yo sigo pintando casi todos los días, a pesar de que hoy en día hay un culto a la juventud que arrincona a los mayores. A mí me toca siempre ir con el paso cambiado.

Llegó a Córdoba como turista, aprovechando que estudiaba en Italia gracias a una beca Fulbright que le permitió ampliar sus estudios de arte desde 1953 al 55. Muerta de curiosidad por conocer Andalucía —le tiraba tanto que en la mismísima Nueva York había recibido clases de baile flamenco—, iba de regreso a EEUU cuando recaló por estos pagos con sus obras completas de García Lorca bajo el brazo, para ambientarse, y la ciudad la cautivó. “En aquel primer viaje entré en España por Barcelona y bajé hasta Vejer de la Frontera para visitar a una amiga, porque cogía el barco en Gibraltar. Por cierto, fue el Andrea Doria, que tres semanas después se hundió”, dice aliviada de no haber ido en él el día del naufragio.

En Córdoba estuvo el tiempo justo de visitar la Mezquita y apreciar que la ciudad “era todo lo que había visto en España, concentrado en un solo sitio”. Un par de días fue suficiente para encandilarla tanto que, de vuelta a casa, estuvo cuatro años ahorrando para poder volver, sin sospechar que esta vez sería ya para siempre.

La casualidad y el amor —no a Córdoba, que a tanto no llegó su pasión, sino a un cordobés— la anclaron para siempre a la orilla misma del Guadalquivir, que esta mujer soñadora (ella se define como “la última romántica”) contempla cada mañana desde su cama. “Recién llegada me ofrecieron dar clases de inglés en la Academia Británica, y acepté pensando que así no gastaba mis ahorros y podría volver a mi querida Italia, cosa que no hice nunca —apunta—. Un día se presentó el que luego fue mi marido para dar una conferencia, tan guapo que quitaba el aliento. Pedí que me lo presentaran y al mes nos comprometimos”.

– **¿Fue entonces cuando decidió dejarlo todo y volver a empezar a miles de kilómetros de su hogar?**

– A mi marido le faltaban unas asignaturas para terminar la carrera, y la idea era que cuando la acabara emigraríamos juntos a Norteamérica. Pero no lo hicimos. Parecía que se iba a comer el mundo pero era bastante inseguro. Cuando lo conocí mejor me di cuenta de que no era una persona que se adaptara fuera de su entorno.

– **Y no le quedó más remedio que adaptarse usted. ¿Se ha arrepentido alguna vez?**

– Mira, estoy enamorada de Córdoba, vivo muy a gusto. Pero me faltan estímulos. Si hubiera tenido medios, lo ideal hubiera sido trabajar en Nueva York y pasar en Córdoba los fines de semana.

– **Así que ha vivido medio siglo con el corazón dividido entre las dos ciudades.**

– Es que le debo mucho a Nueva York, ha sido una ciudad muy generosa conmigo. Trabajé mucho para abrirme camino allí. Mi familia creía que me equivocaba en el camino del arte. Mi padre nos reunió a mi hermano, mi hermana y yo y nos dijo que, como económicamente no podía apoyar más que a uno en la carrera, apoyaría al varón.

– **Se ve que en todas partes cuecen habas, al menos en lo que se refiere a la discriminación de la mujer.**

– Lo que pasa es que en Nueva York hay muchas oportunidades si uno se esfuerza. Me presentaba a todos los concursos y becas. Tenía prevista una importante exposición cuando me vine.

OBRAS

El escritorio verde.
1999
Acrílico / lienzo
46 x 55 cm



Libro y copa.
1999
Técnica mixta / lienzo
46 x 55 cm



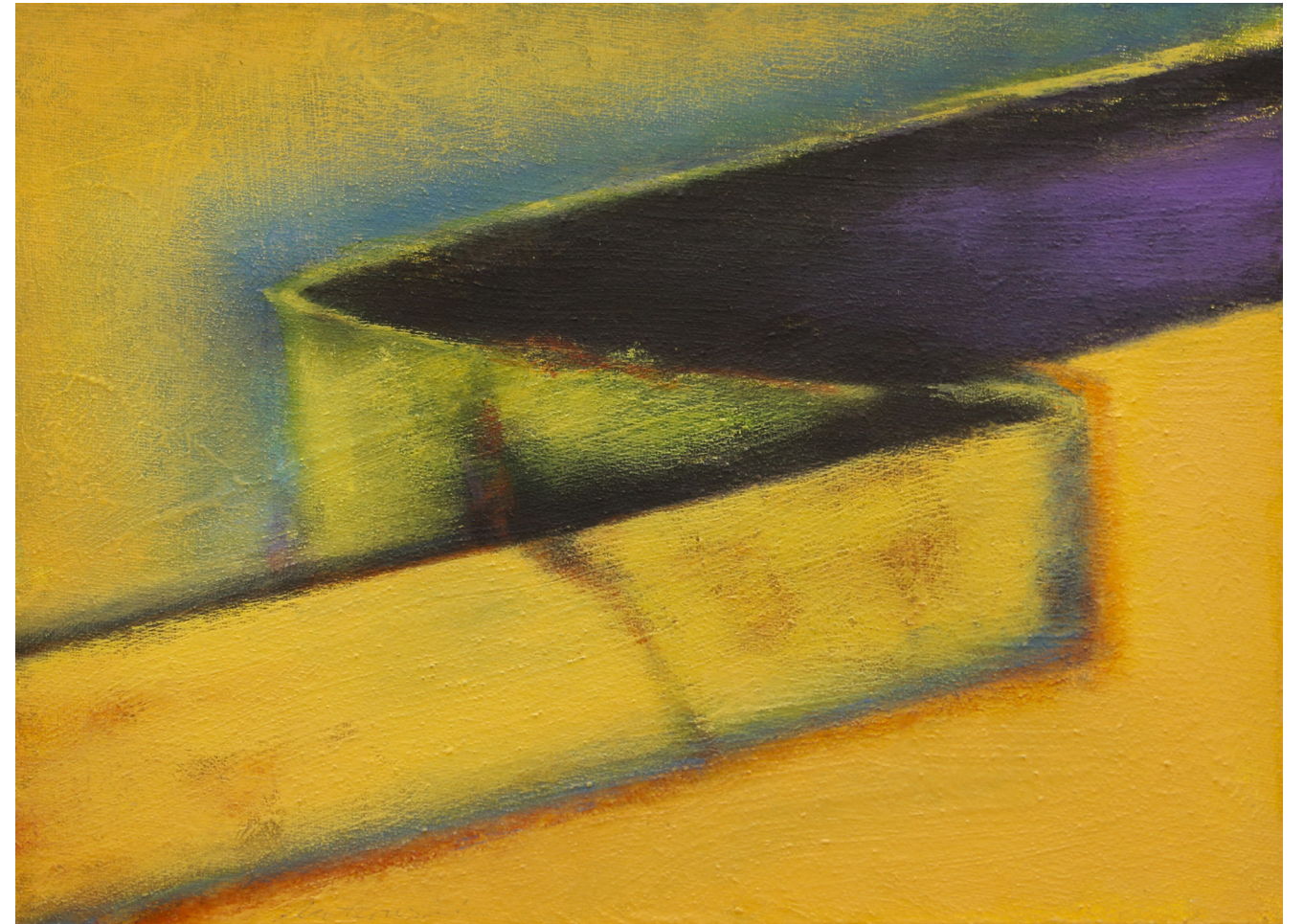
Abril es el mes más cruel.
2011
Acrílico / lienzo
9 x 25 cm



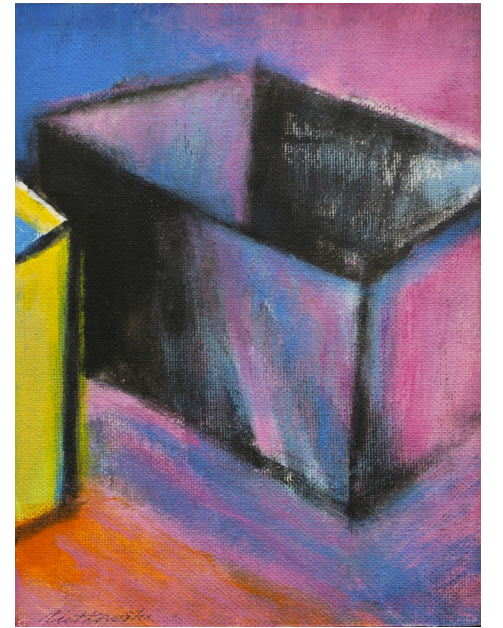
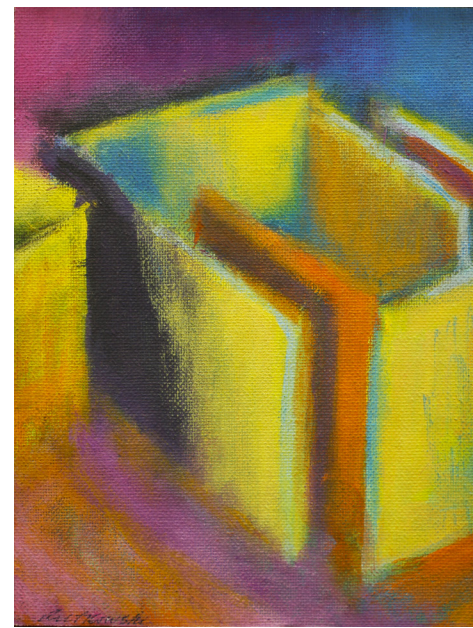
La vida es un largo río.
2003
Acrílico / lienzo
13,5 x 17 cm



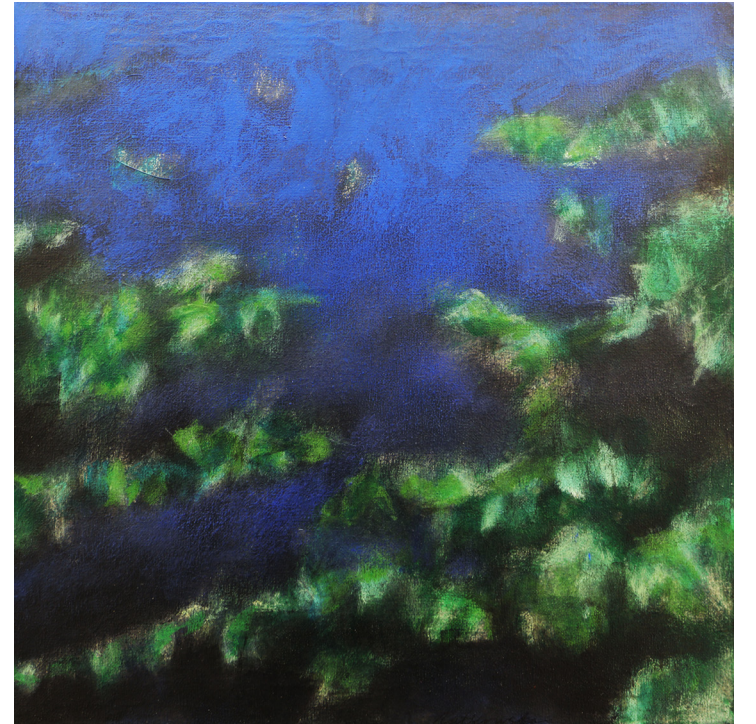
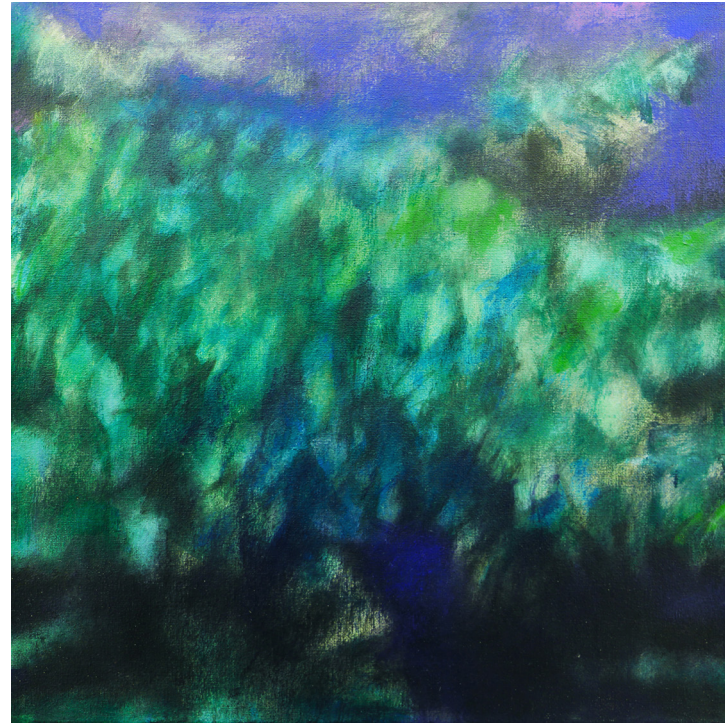
Vidas cruzadas.
2004
Acrílico / lienzo
24 x 33 cm



Conjunto: 3+1.
2004
Acrílico / lienzo
20 x 15 cm



Tríptico: Decaer, Florecer, Brotar.
Acrílico / lienzo
40 x 40 cm c.u.



Tenements.
2002
Acrílico / papel-tabla
38 x 28 cm



La ciudad dorada.
2002
Acrílico / papel-tabla
38 x 28 cm



La ciudad dorada II.
2002
Acrílico / papel-tabla
38 x 28 cm



La caída de la hoja escrita.
2003
Tinta / papel chino
30 x 23 cm



Mar nocturno II.
2003
Tinta / papel chino
15 x 24 cm



Mar abierta.
2019
Acrílico / lienzo
30 x 30 cm



Subiendo a ver a Elsie.
2017
Acrílico / lienzo
35 x 27 cm



Medianoche en el bosque.
2017
Acrílico / lienzo
35 x 27 cm



Nature Study.
2019
Acrílico / lienzo
35 x 27 cm



Lo que queda.
2023
Acrílico / lienzo
24 x 30 cm



SOBRE SU OBRA

“Una teoría de la expresión supone, sin lugar a dudas, una concepción del mundo. Rita Rutkowski ha logrado una enorme y concentrada precisión acerca de lo que ella piensa del hombre, de los hombres —de unos con otros— y del mundo en general. Y es en extremo importante, según creo, que haya posibilitado, con su obra, el medio capaz de decirnos lo que de otro modo resultaría indecible. Desde mi punto de vista eso es, justamente, lo que confiere a su obra un rango de excepción”.

Carlos Castilla del Pino

“En el silencio opaco de la costumbre, en la extraña planicie de la cotidianidad, a nosotros nos queda acoger estas obras como mensajes de lucidez que de alguna manera indagan en las incógnitas de nuestra existencia”.

Juan Serrano

“Hablar de Rita sin demostrar mi admiración hacia su obra es algo que no puedo pasar por alto. Esta investigadora perenne da una lección, a pesar de su aparente y cierta modestia, a todos los que caminan por los tortuosos —incomprensiblemente tortuosos— senderos de la pintura cordobesa. No puedo menos que despojarme de mi sombrero de crítico”.

Javier Martín

*“Obras en las que la mirada se vuelve hacia adentro y busca el reflejo en la propia pintura: son obras éstas que, sin necesidad de amarras figurativas evidentes, nos permiten navegar entre los sentidos y recalar en puertos de inusitada belleza”.
“Es su pintura una invitación al viaje interior, posee una elocuente seducción que nos embarga y conduce hasta el paisaje donde reside la memoria, y es también el caldo de cultivo ideal para que fermente no ya la mirada, sino la visión”.*

Ángel L. Pérez Villén

“Una sobria y poderosa intuición sensitiva, firme de convicción, ha guiado siempre la pintura de Rita Rutkowski. Todo aquel que haya podido seguir la trayectoria pictórica de esta artista consolidada ya en sus facetas más precisas y en sus factores más decisivos, habrá podido advertir una manera de hacer pintura que por encima de modas, tendencias o factores externos a ella misma, nos habla de dos factores que se tornan decisivos a la hora de llegar a un resultado final, en el que de verdad pueda aparecer ese *duendecillo* indefinible que siempre anima a lo artístico con sus posiciones demiúrgicas. Estos no son otros que, por un lado, la sensibilidad para acceder a la obra y, por otro, la técnica para acometerla; factores —uno interno y otro externo— que garantizan una práctica feliz de la pintura en su llegada a los momentos más sublimes. Y, efectivamente, son estos —amén de una práctica pictórica guiada por el signo de la autenticidad personal—, los dos factores fundamentales que pueden adivinarse en sus trabajos”.

José M^a Palencia Cerezo

